

BOLETÍN DEL CLERO

DEL

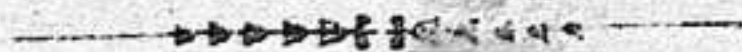
OBISPADO DE LEÓN

SECRETARIA DE CÁMARA Y GOBIERNO DEL OBISPADO

S. E. Ilma. el Obispo, mi Señor, ha recibido del Ministerio de Gracia y Justicia el siguiente telegrama que los señores Sacerdotes encargados de la cura de almas cuidarán de hacer saber á sus feligreses:

«Ministro Gracia y Justicia al Rdo. Obispo de León.—Según me comunica Sr. Ministro Estado, Su Santidad se ha dignado disponer por telégrafo lo siguiente: Accediendo deseos S. M. Reina Regente Su Santidad ha dispensado de la Vigilia de Pentecostés á todos los católicos españoles el día de la mayor edad de S. M. el Rey, mediante oración ó limosnas voluntarias. Lo que tengo la honra de participar á V. E. para que se sirva publicarlo en BOLETÍN ECLESIAÍSTICO para conocimiento sus diocesanos.»

León, 5 de Mayo de 1902.—Dr. Adolfo Pérez Muñoz,
Maestrescuela-Secretario.



A ruego del Sr. Gobernador civil de esta provincia, S. E. Ilma. el Obispo, mi Señor, se ha servido disponer que los Sres. Curas presten su cooperación á los Alcaldes suministrándoles datos relativos á Congregaciones y asociaciones laicas establecidas para fines religiosos que existan en sus respectivas parroquias.

Acercándose la fiesta de la Pascua de Pentecostés se recuerda á todos los Señores Párrocos y encargados de las Iglesias las preces al Espíritu Santo conforme se halla dispuesto en la Encíclica «Divinum illud» y con arreglo á lo preceptuado en el núm. 20 del BOLETÍN de 1898.

León, 5 de Mayo de 1902.—Dr. Adolfo Pérez Muñoz,
Maestrescuela-Secretario.



CARTA APOSTÓLICA DE SU SANTIDAD

(Continuación.)

III

Doctrinas tan funestas salieron, como veis, oh Venerables Hermanos, del círculo de las ideas á la vida exterior y á las esferas oficiales. Grandes y poderosos Estados fueron sucesivamente poniéndolas en práctica, jactándose de acaudillar de esta manera los progresos de la barbarie común. Y como si no estuvieran obligados los poderes públicos á recibir y amparar por sí mismos cuanto hay de más sano en la vida moral, he aquí que se consideran desligados del deber de honrar públicamente á Dios; y hartas veces acontece que, mostrándose indiferentes á todas las religiones, combaten á la única que ha sido establecida por Dios.

De este sistema de ateísmo práctico debió necesariamente provenir, y efectivamente provino, una profunda perturbación del orden moral, supuesto que la religión es el principal fundamento de la justicia y de la honestidad, como llegaron á vis-

lumbrarlo aun los famosos sabios de la antigüedad pagana. Porque rotos los vínculos que unen al hombre con Dios, absoluto y universal legislador y juez, no queda sinó una sombra de moral puramente civil, ó, como dicen, independiente, la cual, prescindiendo de la razón eterna y de los divinos preceptos, conduce inevitablemente, por efecto de su misma tendencia, á la última y fatal consecuencia de constituir al hombre ley de sí mismo. El cual, incapaz de elevarse en alas de la esperanza cristiana á los bienes sobrenaturales, sólo buscará un manjar terreno en la suma de los goces y comodidades de la vida, avivándose así la sed de deleites, el anhelo á las riquezas, la avidez de rápidas y desmesuradas ganancias sin respeto ninguno á la justicia, enardeciendo las ambiciones y el loco afán por satisfacerlas aun ilegítimamente, y produciendo, en fin el desprecio de las leyes y de la pública autoridad y una general licencia de costumbres que trae consigo una verdadera decadencia de la civilización.

¿Por ventura exageramos las tristes consecuencias de tan dolorosa perturbación? Pero la misma realidad que estamos palpando, confirma hasta con exceso nuestras deducciones, y es visible que, si no se repara con tiempo, las bases del consorcio civil habrán de vacilar, y vendrán asimismo por tierra los supremos principios de la moral y del derecho. Por esta razón hubieron de sufrir gravemente todas las partes del cuerpo social, comenzando por la familia. Porque el Estado laico, no mirando ni los límites ni el fin esencial de sus poderes, profanó el vínculo conyugal, despojándolo del carácter religioso, é invadió cuanto pudo el derecho natural de los padres en la educación de sus hijos, y en algunas partes destruyó la estabilidad de las nupcias, sancionando con la ley la maldecida licencia del divorcio. No hay, pues, quien deje de ver de qué indole son los frutos que de ella proceden, multiplicándose sobre toda ponderación los casos de matrimonios iniciados por pasiones innobles solamente, y, como es consiguiente, tras breve tiempo disueltos; otros vienen á parar en trágicos llantos é infidelidades escandalosas: y nada decimos de la prole inocente, abandonada ó pervertida por los malos ejemplos de los padres ó por el veneno que les propina el Estado laico.

Y con la familia corre también al abismo el orden social y político, merced principalmente á las nuevas doctrinas que alteran el justo concepto del poder soberano en razón de haber falsificado su origen. A la verdad, suponiendo que la facultad de regir y gobernar procede formalmente del consentimiento de la multitud, y no de Dios, principio supremo y eterno de todo poder, semejante derecho por fuerza ha de perder ante los súbditos su más augusto carácter y degenerar en una soberanía artificial establecida sobre una base tan deleznable y sujeta á mudanzas como la voluntad de los hombres. ¿Acaso no son éstos los efectos que están á la vista aun en las leyes públicas, las cuales, más bien que la *razón escrita*, representan muy á menudo la fuerza numérica y el predominio arbitrario de un partido político? No es otra la razón porque son halagados los apetitos desordenados de las muchedumbres, y se deja suelta la rienda á las pasiones populares, aunque ellas perturben la serena actividad de los ciudadanos, salvo recurrir más tarde, en casos extremos, á represiones violentas y crueles.

Por modo semejante, rechazadas las influencias cristianas en las cuales es connatural la virtud de hermanar á las gentes y reunir las como en una gran familia, prevaleció poco á poco en el orden internacional un sistema de egoísmo y emulación que induce á las naciones á mirarse recíprocamente, sino con espíritu rencoroso, á lo menos con mal disimulada desconfianza. De aquí que en sus empresas sean ellas tentadas á echar en olvido el alto concepto de la moralidad y de la justicia y el amparo del débil y del oprimido, mirando únicamente, en el deseo de aumentar sin límites las riquezas nacionales, á la oportunidad y utilidad de acertar en ellas, y al éxito feliz de los hechos consumados, en la seguridad de no ser compelidos por nadie al respeto del derecho. Criterios funestos, que consagran la fuerza material como ley suprema del mundo: de aquí el aumento progresivo y desmesurado de los aprestos guerreros, ó sea aquella paz armada que bien puede ser comparada, bajo muchos conceptos, á los más desastrosos efectos de la guerra.

Tan deplorable turbación moral ha sido germen de inquietud en la clase popular, de malestar, de espíritu de rebelión, y, por consiguiente, de agitaciones y desórdenes frecuentes, pre-

ludio de más graves tempestades. La miserable condición de una parte tan grande del pueblo, dignísimo por cierto de alivio y redención, sirve empero admirablemente para el intento de hábiles agitadores, y señaladamente de las facciones socialistas, que, con las locas promesas que hacen á la plebe, proceden con audacia á realizar los más atroces propósitos.

Y porque el que baja rápidamente por una pendiente, forzosamente tiene que llegar al fondo, he aquí que la lógica vengadora de los principios llegó á formar una verdadera asociación de delincuentes, de instintos enteramente salvajes, que al dar sus primeros golpes hubo de consternar al mundo. Constituida esta sobre sólidas bases y con mutuas relaciones internacionales, está en una disposición que le permite levantar en todas partes su mano criminal sin temer obstáculos ni retroceder ante ninguna empresa culpable. Sus afiliados, rompiendo todo vínculo con la sociedad, con las leyes, con la religión, con la moral, toman el nombre de *anarquistas*, los cuales se proponen destruir por cuantos medios puede sugerir una pasión ciega y feroz, desde la base hasta su mayor altura, todo el edificio social. Y pues éste recibe unidad y vida de la autoridad suprema contra la misma autoridad asestan ellos principalmente sus golpes. ¿A quién no habrá de causar horror, acompañado de piedad é indignación, el ver en el espacio de pocos años asaltados y asesinados emperadores, emperatrices, reyes, jefes de poderosísimas Repúblicas, por la sola razón de hallarse investidos de la autoridad soberana?

IV

Ante este cúmulo de males que pesan sobre la sociedad y de peligros que la amenazan, deber es ciertamente Nuestro amonestar de nuevo á todos los hombres de buena voluntad, y más que á nadie, á los que están sentados en las alturas, conjurándoles á que piensen acerca de los remedios convenientes, y aplicarlos con prontitud y energía previsoras. Y lo que primeramente urge en esto, es reconocer qué remedios sean estos, y apreciar debidamente su eficacia. Ya oímos enaltecer hasta los cielos los beneficios de la libertad, y ponderarla como remedio soberano é instrumento incomparable de activa paz y prospe-

ridad. Pero los hechos la declaran ineficaz. Conflictos económicos, luchas de clases, surgen encendidas en todas partes; y la vida social queda y sosegada, ni siquiera se la ve apuntar en parte alguna. Al contrario pueden todos testificar, que la libertad, cual hoy se entiende, otorgada indistintamente á la verdad y al error, al bien y al mal, no sirve sinó para deprimir lo que hay de más noble y santo y generoso, y allanar el camino á los delitos, al suicidio y á la satisfacción de todo género de vulgares pasiones.

Se ha dicho también que el progreso de la instrucción, haciendo más cultas é ilustradas á las muchedumbres, las prevendría suficientemente contra las tendencias malsanas, conteniéndolas dentro de los límites de la honestidad y de la rectitud. Mas triste dura realidad nos pone delante y nos hace tocar cuan poco aprovecha una instrucción que carece de una sólida educación religiosa y moral. Las almas de los jóvenes, en su inexperiencia y en el hervor de las pasiones, son presa del poder fascinador con que se ofrecen á sus ojos las máximas perversas, singularmente aquella que la prensa diaria más indisciplinada no se avergüenza de sembrar profusamente: las cuales, pervirtiendo el entendimiento y la voluntad, alimentan el espíritu de orgullo é insubordinación que tan á menudo turba la paz de las familias y de los pueblos.

Mucho también se ha confiado en los progresivos incrementos científicos, grandes ciertamente, inesperados y maravillosos en el último siglo. ¿Pero puede con verdad decirse, que han producido aquella abundancia de frutos plena y restauradora que estaba en los deseos y en la espectación de muchos? Ciertó; el vuelo de la ciencia descubrió nuevos horizontes, extendió el dominio del hombre sobre la naturaleza corpórea y aprovechó en cien maneras la vida terrena. Pero todavía sienten todos, y muchos ya confiesan, que el efecto ha sido inferior á las esperanzas. Ni puede menos de hacer esta confesión todo el que atentamente mire el estado de los ánimos y de las costumbres, y se fije en la estadística de la delincuencia, y ponga oído á los rumores que suben de abajo, y repare en el predominio de la fuerza sobre el derecho. Dejando ahora de hablar de las clases inferiores, reducidas á la miseria, basta una mirada superficial

para echar de ver, que una tristeza indefinible pesa sobre las almas y que un vacío profundo hay en los corazones. El hombre ha señoreado la materia, pero la materia no ha podido darle lo que no tiene, y las grandes cuestiones que se refieren á los más nobles intereses, la ciencia humana no las ha resuelto: la sed de verdad y virtud, la sed de lo infinito, no ha sido satisfecha: y ni la tierra, enriquecida de tesoros y goces, ni las comodidades de la vida considerablemente aumentadas, han disminuido ni en un sólo punto la angustia de las almas.

¿Deberán, pues, ser menospreciadas las conquistas de la cultura, del saber, de la civilización y de una libertad templada y razonable? No por cierto: todo lo contrario, deben ser conservadas, promovidas y tenidas en justa estima, como precioso capital, ya que son otros tantos medios buenos de por sí, queridos y ordenados por Dios mismo para bien de la humana familia. En el uso de ellas conviene mirar el intento del Criador y procurar que no vayan nunca separados del elemento religioso, en el cual reside precisamente la virtud que las avalora y las hace dignamente fecundos. Aquí está el secreto del problema. Cuando un ser orgánico se marchita y muere, señal es de que le falta el influjo de las causas que le dieron forma y consistencia. Ahora, en la necia tentativa de emanciparse de Dios, el consorcio civil hubo de rechazar el orden sobrenatural y la divina revelación, sustrayéndose de esta suerte á la acción vivificante del cristianismo, que es la más sólida garantía del orden, el más poderoso vínculo de fraternidad y el manantial inagotable de las virtudes individuales y las públicas, y de esta insensata apostasía tomó su origen el horrible desconcierto de la vida práctica. Al seno del cristianismo debe, pues, volver la sociedad extraviada, si quiere hacer estima del bienestar, del sosiego y de la salud.

V

Así como el cristianismo no descende al fondo de ningún alma sin tornarla mejor, así tampoco penetra en la vida pública de un estado sin comunicarle virtud: con la idea de un Dios pródigo, sapientísimo, infinitamente bueno é infinitamente justo, hace que penetre en la conciencia el sentimiento del de-

ter, dulcifica los trabajos, calma los rencores é inspira virtudes heróicas. Así como transformó las naciones paganas, lo cual fue propiamente resucitarlas, dándoles la vida, estando ellas muertas, de suerte que la barbarie cesó tanto como se extendió el cristianismo, así sabrá también, tras las terribles embestidas y sacudimientos de la incredulidad, hacer que vuelvan al camino recto, entrando de nuevo en el orden los Estados y los pueblos modernos.

Pero con esto no está dicho todo: volver al cristianismo no será remedio eficaz y completo, si no significa retorno y amor á la Iglesia una, santa, católica, apostólica. Porque el cristianismo se identifica en la Iglesia, sociedad soberanamente espiritual y perfecta, que es el cuerpo místico de Jesucristo y tiene por cabeza visible al Romano Pontífice, sucesor del Príncipe de los Apóstoles. La Iglesia es la continuadora de la misión del Salvador, hija y heredera de su redención: ella propagó el Evangelio sobre la tierra, y lo defendió á costa de su sangre: y en las promesas de la divina asistencia y de la inmortalidad, no pactando jamás con el error, traduce en acto el mandato de conservar íntegra la doctrina de Cristo hasta el fin de los siglos.

(Se continuará.)

**Asociación de SUFRAGIOS MÚTUOS del Clero
de la Diócesis.**

Núm. 7.

El día 6 de Abril último falleció el M. I. Sr. Licenciado D. Robustiano Antón Cuñado, Magistral de Ciudad-Rodrigo, y habiéndose hecho constar que pertenecía á la Asociación y por certificado del Sr. Arcipreste de Valderas que tenía aplicadas las Misas, todos los asociados celebrarán por él la de Reglamento.